

F INLAY OLVIDADO

Dr. Felipe Delgado Bustillo

FINLAY Y EL PREMIO NOBEL QUE DEBIO RECIBIR. REIVINDICACIÓN DE LA HISTORIA.

En noviembre de 2001, hace ya 3 años bien cumplidos, cuando fui invitado a participar en un simposio sobre nuestro sabio cubano para conmemorar la fecha memorable de su nacimiento y la celebración del Día de la Medicina Latinoamericana escribí y cito “me sentí doblemente halagado, primero por ser convocado a participar y en segundo lugar (sin ser menos importante que el primero) por poder compartir el escenario con dos figuras, presentes y productivas, de las Ciencias Médicas de Cienfuegos y de Cuba, los Profesores Juan José Apolinaire Pennini y Alfredo Darío Espinosa Brito. Ellos, como muchos cubanos lo somos, son fieles y convencidos finlayistas”. Fin de la cita. Hoy añado a aquello que tenemos la suerte de contar en esta mañana científica, por méritos bien ganados, con el Dr. Reinaldo Pino Blanco, Neumólogo y Profesor también, quien es un serio estudioso de la vida de Finlay. Igualmente vuelvo a decir hoy que me sigo sintiendo halagado.

La propuesta de los organizadores de aquel evento se enmarcaba en el contexto de “Finlay y los paradigmas de la Salud” y me desviaba quizás un poco del tema central propuesto en aquel entonces al querer abordar una idea que 10 años atrás había desarrollado: el olvido y Finlay. Mi idea primitiva la había plasmado en un comentario fraternal por medio de una Carta al Editor en la entonces floreciente (y que lo podrá volver a ser) Revista Finlay (julio - septiembre 1991). Se había olvidado involuntariamente mencionarlo o citarlo en un enjundioso trabajo sobre el cólera.

De tal manera que el interés de mis ideas, para comparirlas con ustedes, se siguen centrando en algo que se puede relacionar con el olvido, con la injusticia - que implica maldad en muchos casos - con la tergiversación histórica, con la falta de reconocimiento o con el desconocimiento.

Revisando varios documentos, fuentes frecuentes de consulta obligada, para observar el tratamiento que se le daba a la figura de Finlay en los mismos, observé y encontré alguna información sobre mi objeto de estudio, que comparto con ustedes. El Diccionario Enciclopédico Color, del Grupo Editorial OCEANO, España, 1999, no menciona, no cita, la figura de nuestro compatriota, en cambio sí lo hace sobre Mia Farrow (actriz) y William Faulkner (escritor), indiscuti-

bles personalidades de las artes escénicas y letras respectivamente de Norteamérica los cuales alegran y alimentan el espíritu pero que no salvaron una vida con su creación. Que ahí no esté citado el insigne cubano lo considero un insulto por omisión.

En la Enciclopedia Autodidacta Interactiva, también de la Editorial OCEANO, España, 2000, en su tomo 5, Capítulo 4, “El mundo de los microbios”, son citadas dos personalidades emblemáticas de la medicina y la microbiología médica: Louis Pasteur (Francia, 1822 - 1895, Doctor en Física y Química, aísla los microbios por primera vez) y Sir Alexander Fleming (Escocia, 1881 - 1951, descubre la penicilina de forma fortuita), médico y Premio Nobel de Medicina compartido en 1945. De este citado documento enciclopédico, sólo se me ocurre hacer dos comentarios: si es una verdadera enciclopedia ahí debería aparecer Carlos Juan Finlay De Barres, que empleando el Método Científico y la Investigación Experimental, en otras palabras, que gracias a su esfuerzo, su dedicación permanente y su pensamiento, su lógica y su capacidad de observación y deducción, estableció y comprobó el mecanismo de transmisión de la Fiebre Amarilla, resultado de una labor creativa madurada que es contrario al hallazgo fortuito de Fleming, que en ningún momento lo merece. No obstante, insisto, en esa enciclopedia debería, debe, estar citado obligadamente Finlay. Otra grosera omisión.

Revisando el Diccionario Enciclopédico SALVAT UNIVERSAL, tomo 10, página 27, aparece reseñada la figura de Carlos Juan Finlay De Barres. Cito a continuación la misma: (Camagüey 1833 - La Habana 1915). Médico cubano. De 1881 a 1889 llevó a cabo una serie de 103 experimentos destinados a mostrar que el mosquito doméstico *Culex fasciatus** era el transmisor de la Fiebre Amarilla. Sus investigaciones fueron punto de partida de los trabajos que permitieron aislar el virus de la enfermedad y establecer el mecanismo de transmisión. Fin de la cita. Aquí el término “mostrar” debe estar entendido como demostrar según mi percepción ya que Finlay demostró el mecanismo y yo acepto convencido que sirvieron como punto de partida para aislar el virus muchos años después, pero soy contrario a que sus estudios sirvieron para establecer (posteriormente) el mecanismo de transmisión ya que ese mecanismo (entiéndase Tríada Ecológica - Cadena Epidemiológica - Método Epidemiológico - Investigación Experimental - agente etiológico - vía de transmisión - reservorio - huésped susceptible) lo dejó él bien establecido. La reseña que he citado es corta y lacónica en comparación con las dedicadas a otras personalidades menos cimeras. No es fanatismo, no es nacionalismo lo que siento, es verdad histórica.

Siguiendo con mi pesquisa en las bibliotecas sobre lo que dicen importantes fuentes de información sobre la enfermedad en cuestión y Finlay encontré lo siguiente en el

* *Aedes aegypti*. Nota del Editor

tema “Transmisión de las enfermedades infecciosas y parasitarias por los artrópodos” del capítulo “La mentalidad etiopatogénica. La microbiología médica” en el tomo 6 de la Historia Universal de la Medicina de Pedro Lain Entralgo (Salvat Editores, España, 1982), cito: El papel de los insectos como vectores había sido supuesto por diversos autores, por ejemplo G. M. Lancisi (1654 - 1720) quien observó la relación existente entre la malaria y la presencia de los mosquitos en las regiones palúdicas. Según él estos transmitían “animáculos” que eran la causa de la enfermedad. El médico y naturalista franco - venezolano Louis Daniel Beaperthuy (1807 - 1871) afirmaba que la Fiebre Amarilla era transmitida por mosquitos. Sin embargo, él creía que la enfermedad era provocada por un “licor venenoso” inoculado por estos insectos. Estas hipótesis serían reafirmadas en 1881 por el médico cubano Carlos Finlay (1833 - 1915), quien atribuyó la enfermedad a los mosquitos del género *Aedes* y fueron confirmadas por los médicos militares americanos Reed, Carroll, Lazear y Agramonte (1900 - 1901) que trabajaron en colaboración con Finlay. Fin de la cita. Esta descripción del autor del capítulo mencionado (Jean Theodorines) no es coincidente con la verdad histórica, sobre todo respecto a que Finlay reafirma las hipótesis de Lancisi y Beaperthuy en que el mosquito jugaba un rol importante en la transmisión. Las personalidades citadas “suponían, creían, pensaban” que el mosquito estaba implicado pero no crean, no elaboran una hipótesis, cosa que sí hace nuestro querido compatriota al plantear, como resultado de un trabajo intelectual, teórico, persistente y laborioso del pensamiento humano, una hipótesis que decía que el mosquito (ese mosquito hoy reconocido como *Aedes aegypti* y no otro mosquito) era el responsable de la transmisión de la fiebre amarilla al picar a un enfermo (reservorio del agente infeccioso) y luego a un sano (huésped susceptible como él mismo lo identificara). Por otra parte también merece ser desautorizada de la cita anterior el punto referido a que las mismas (las hipótesis) fueron confirmadas por los médicos militares de Estados Unidos. Esa confirmación, verificación o comprobación de hipótesis la hizo él mismo mucho antes. Aquí todos conocemos la historia real.

La Biblioteca de Consulta Microsoft Encarta 2004 trae en apretadas 8 líneas una breve reseña de Finlay. Menciona fecha y lugar de nacimiento, sus estudios en el Jefferson Medical College de Filadelfia, que propuso en 1881 una teoría de la transmisión de la Fiebre amarilla por los mosquitos la cual fue confirmada gracias a los experimentos del bacteriólogo y cirujano Walter Reed en 1900. El día 3 de diciembre, fecha de su nacimiento, se celebra el “Día de la Medicina Americana”. El que escucha esta disertación o la pueda leer algún día puede ver la carga de desinformación que aparece en esa popular y cada vez mas consultada fuente. Si se buscara ahí mismo el tema fiebre amarilla la insatisfacción se acrecentará. Cito algunas líneas: “Finlay avanzó

la hipótesis de que la fiebre amarilla se transmitía por la picadura de mosquitos” y “esa teoría se verificó en 1901 por los trabajos de varios investigadores, en especial los del bacteriólogo norteamericano Walter Reed, quien también demostró que el agente era un virus”. Así pues el cubano “avanza una hipótesis”, el norteamericano “verifica la teoría” y Encarta dice un disparate más. Pura falacia científica. Sobre Walter Reed la abundancia de información pasma. No más comentarios sobre esto excepto que Encarta debe ser tomada con reservas.

En el documento # 210 de la biblioteca del Instituto Superior Pedagógico de Cienfuegos encontré un folleto escrito en fecha no precisada por Fernando Ruiz Egurrola del Departamento de Biología del Instituto de Perfeccionamiento Educacional Nacional del Ministerio de Educación. Su título es “Importancia del descubrimiento de Carlos J. Finlay”. En el mismo se citan pasajes conocidos de la historia de nuestro compatriota pero el autor recalca que después de presentar en 1881 su trabajo cumbre, su hipótesis sobre la transmisión de la Fiebre Amarilla, además de no haber sido reconocida tuvo él mismo que soportar la incompreensión, los epítetos ofensivos de loco y la burla como “médico del mosquito”. Esa burla e incompreensión se mantiene por 19 años. Acto seguido nos recuerda que en el Congreso Médico Panamericano de 1901 Reed leyó el resultado de los trabajos realizados en Cuba por la Comisión Médica Norteamericana sin aludir en ningún momento a los trabajos de Finlay, que estaba presente en el acto y quien al término de la presentación felicitó al expositor. Y aunque no es tema de mi disertación uno no puede sustraerse al mirar al hombre y sus actos, su calibre. Ahí quedan evidenciados su carácter de hombre bueno, estoico, humanista y modesto, y con su conducta quieta frente a Reed demuestra ser un Caballero, el Caballero de la Salud Pública, para el bien de todos, de la humanidad.

Pero la historia, la de verdad, pone en su justo lugar a los hombres y a los acontecimientos. El diccionario Pequeño Larousse en Color (Barcelona, España, 1989) dice de Finlay, y cito: Médico e investigador cubano, nació en Camagüey 1833 - 1915 que demostró experimentalmente la transmisión del microbio de la fiebre amarilla a través de la picadura de un mosquito. Su labor científica fue fundamental en el estudio de las enfermedades tropicales. En su honor se creó en Cuba la Orden del Mérito Carlos. J. Finlay. Aquí en síntesis apretada un reconocido diccionario muy consultado nos presenta la esencia de la verdad.

Veamos ahora qué nos presenta sobre Finlay la obra de consulta obligada El Desafío de la Epidemiología. Editada en 1988 por la Oficina Panamericana de la Salud, como Publicación Científica No. 505, recoge la discusión sobre temas de Epidemiología recopilados por cuatro prestigiosos expertos: la Dra. Carol Buck (Reino Unido), el Dr. Alvaro Llopis

(Venezuela), el Dr. Enrique Najera (España) y el Dr. Milton Terris (Estados Unidos de Norteamérica), quien honrara con su presencia física esta Facultad de Ciencias Médicas donde estamos hoy. Ahí están recopilados y discutidos desde los más antiguos estudios de corte sanitario que recoge la humanidad, por ejemplo el primero es el de Hipócrates titulado “Aires, aguas y lugares”, hasta los más recientes, para la época en que se reunieron estos expertos, como es el estudio de Doll y Bradford Hill (El hábito de fumar y el carcinoma de pulmón: Informe preliminar) así como los referidos a Evaluación de Servicios y Políticas de Salud. Una vez más perdonen que me haya extendido en explicar sobre este documento pero es de suma importancia recalcar que entre los selectos 91 trabajos que aquí se presentan está “El mosquito hipotéticamente considerado como agente de transmisión de la fiebre amarilla” de Carlos J. Finlay. El mismo aparece en la Parte I, Desarrollo histórico, junto a Hipócrates, Gaspar Casal, Eduardo Jenner, Villerme, John Snow, Ignacio Semmelweis y Carlos Chagas. Al final de la discusión de esta primera parte para presentar los trabajos seleccionados fue Milton Terris quien propone incluir a Carlos Finlay y la fiebre amarilla (no dice incluir a Reed - su compatriota - u otros, haciendo un tácito reconocimiento a Finlay). Najera lo acepta pero no se debate la proposición ya que él mismo se desvía a hablar sobre el estudio de la verruga peruana de Daniel Carrión.

Estando en plena búsqueda de aquella información recibí el volumen 22, número 1, del año 2001 de la Revista Política de Salud Pública (Public Health Policy) editada en Estados Unidos por Milton y Lillian Terris. Esta es una prestigiosa y cáustica revista de Salud Pública, caracterizada por su pragmatismo, transparencia editorial y valentía política para el entorno donde se produce, así como por su amplia circulación y distribución mundial. Para gran sorpresa y alegría mía pude ver en la sección Importantes Contribuidores a la Salud Pública un muy bien informado trabajo de Juan A. del Regato que lleva como título “Carlos Juan Finlay (1833 - 1915)”. El documento nos habla brevemente de la familia y sus orígenes y donde llevó a cabo sus estudios, para de una manera rápida adentrarse en su vida profesional e investigativa. El artículo es sumamente halagador para nosotros los cubanos (sí, lo reconocemos, como el Profesor José López Sánchez dice: somos tendentes respecto y a favor de Finlay). Describe de una manera encomiástica su mente de formidable epidemiólogo, destacando sus estudios de la alcalinidad del aire en relación con las estaciones, el clima y la salud, su dominio del inglés, francés y alemán, su participación en la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales donde presenta su ensayo filosófico “La Verdad Científica”; la participación además en juntas de expertos donde su preclaro pensamiento fue recogido para la posteridad por el luego destacado sanitarista Rudolph Ma-

tas (trabajó como escribano, siendo estudiante de medicina, en la Comisión de Fiebre Amarilla de los Estados Unidos que visitó Cuba en 1879). Cito sus impresiones: “... la imagen de Carlos Finlay permanece en mi mente como un modelo de ejemplar sabiduría, de un laborioso trabajador rico en sólidos conocimientos, en rectitud de principios, en integridad intelectual.”

Destaca además el documento que menciono - y que invito a leer a mis colegas - sus estudios de la transmisión de la fiebre amarilla y el escepticismo que les siguieron, lo cual impresionó al Dr. George Steenberg, bacteriólogo y un experto a la sazón en la enfermedad, quien declaró: “...nadie se sintió lo suficientemente impresionado para repetir los experimentos del Dr. Finlay”. Nos recuerda Del Regato que en 1894 Finlay participa en el Octavo Congreso Mundial de Higiene y Demografía en Budapest donde presenta sus recomendaciones para la prevención de las epidemias de fiebre amarilla: rápido aislamiento del paciente, fumigación de las casas para mantener el mosquito alejado y amplia destrucción de los sitios o depósitos donde los mosquitos podían depositar los huevos ¡Esto ocurre 6 años antes de la visita de la Comisión Reed a Cuba!

El resto de la historia es bien conocida pero la menciona este biógrafo y la deseo recordar para todos en este momento: el Cirujano General del Ejército de los Estados Unidos, durante la ocupación norteamericana, el ya mencionado George Steenberg, fue autorizado a crear y enviar una junta a Cuba para realizar estudios especiales sobre las enfermedades infecciosas prevalentes en la isla. Estaba presidida por el Mayor Walter Reed y conformada además por James Carrol, Jesse Lazear y Aristides Agramonte. En su trabajo en la isla no contactaron a Finlay pues tenían instrucciones de no hacerlo. Estaban a punto de iniciar o embarcarse en el estudio de la flora intestinal de los aquejados por fiebre amarilla cuando un suceso inesperado hizo cambiar el curso de los acontecimientos: el encuentro de los miembros de la junta con dos ingleses. En La Habana se encontraban en tránsito hacia Brasil H. E. Durham y Walter Myers, los cuales habían sido enviados por la Universidad de Liverpool a estudiar la fiebre amarilla en el país sudamericano. Los científicos británicos visitaron a Finlay y quedaron muy impresionados con sus ideas y su trabajo, y estos lo informaron a la junta norteamericana. Aunque la junta no tenía instrucciones de ver los trabajos de Finlay ellos lo visitaron el primero de agosto de 1900. Finlay los recibió cordialmente y les dio sus documentos, les explicó sus puntos de vista y les dio un valioso regalo: un platillo de porcelana conteniendo los huevos del mosquito que él había descubierto ser el culpable. Reed había manifestado su incredulidad sobre la hipótesis de Finlay en carta enviada desde Estado Unidos, pero al regresar a La Habana vio las notas de Lazear que se había inoculado con mosquitos infectados y

había muerto de fiebre amarilla. Retornó a su país y declaró al mundo el 23 de octubre de ese año, sobre la base de las notas exclusivamente de Lazear, en una reunión de la Asociación Americana de Salud Pública en Indianápolis, que el mosquito era el agente intermediario de la fiebre amarilla.

AHI COMENZÓ EL ESCAMOTEÓ CIENTÍFICO.

Igual lo había sido el escamoteo político y económico por la independencia de nuestro país dos años antes.

Pero el documento más completo que disponemos hoy es la rica y enjundiosa biografía: "Finlay. El hombre y la verdad científica" del mencionado Profesor José López Sánchez. Este voluminoso trabajo fue escrito bajo la sugerencia, hace ya 20 años, del Comandante en Jefe Fidel Castro para que se hiciera justicia, para que la verdad quedara esclarecida una vez más como él siempre ha reclamado.

Es inmensa la información histórica presentada y sería imposible resumirla todo en los párrafos finales de esta presentación pero me atrevo a transcribir textualmente a ustedes dos momentos muy esclarecedores. En su sección AL LECTOR López Sánchez nos dice "... la pregunta que me surgía era esta: ¿Por qué si todo su trabajo experimental es claro, preciso y convincente, se disputa tan acerbamente la cuestión de la prioridad?" Y finalmente, relatar el diálogo que el insigne maestro del Método Epidemiológico tuvo con los doctores Guiteras y Domínguez Roldán de regreso a su casa después de un banquete de homenaje que le tributara el Gobernador Interventor Wood:

Guiteras: Doctor Finlay, recuerdo la oportunidad que usted me brindó para creer en usted.

Finlay: sí así fue.

Guiteras: esta noche fue la apoteosis de su gran triunfo

Finlay: sí, de la ciencia experimental.

Domínguez Roldán un poco perplejo ante el silencio austero de Finlay le pregunta:

Domínguez Roldán: Doctor Finlay ¿está usted satisfecho del acto que se le ha ofrecido justamente como homenaje a su gran descubrimiento?

Finlay: sí, les estoy agradecido con toda la nobleza de que mi corazón es capaz. Sí, profundamente agradecido.

Al llegar a la casa Finlay se despidió y dijo:

Finlay: Gracias, experimentando, no poseído, buenas noches queridos amigos.

En 1905, justamente se cumple el siglo ahora, el laureado premio Nobel Sir Ronald Ross, amparándose en la posibilidad de nominar a candidatos para igual lauro, propuso al Comité Nobel de Estocolmo al insigne cubano. La fría institución en tan fríos parajes hizo una fría revisión y no fue premiado. Koch fue el ganador ese año. A otro Ross, el Dr. John W. Ross, director médico de la marina de los Estados Unidos, se le pidió por el mismo comité que propusiera can-

didatos para el Nobel del año 1906. Este declaró que no había nadie más indicado para merecer el premio Nobel que Finlay. También el premiado Alphonse Laveran lo nominó por muchos años consecutivos para esta distinción pero nunca con éxito.

¿Por qué tanta oposición, tanta resistencia? ¿Por qué Finlay no fue aceptado? ¿Por qué prestaron tan poca atención a los argumentos dados por personalidades científicas de la época de sobrado crédito? ¿Por qué un hombre de ciencia que es reconocido por la UNESCO entre los 6 más destacados microbiólogos del mundo, junto a Pasteur, Leeuwenhoek, Koch, Mecnikov y Fleming no fue aceptado en su época para tan alta distinción, merecida de manera sobrada por su ayuda a la humanidad? No lo sabemos con total seguridad pero coincido con el Dr. Pino Blanco en su artículo "Carlos J. Finlay y el Premio Nobel de Medicina y Fisiología" y publicado en esta revista en 1994 (Vol. 8, No. 2-4) y cito: "... un aspecto en que se demuestra, una vez más, que los enemigos de Finlay no solo trataron de apoderarse de su descubrimiento, sino que también, pretendieron en todo momento mantenerlo alejado de los honores, méritos y regocijos de los cuales él era el único merecedor".

El profesor Apolinaire me comentó en una ocasión que la palabra "Hipotéticamente" quizás hubiera sido un freno al connotar esa palabra algo no demostrado; pero por mi parte la suspicacia puede hacerme pensar que las zancadillas del norte de entonces (y de siempre) por una parte y la supremacía europea por la otra no querían a un hombre de esta latitud en su seno.

Se me antoja que Finlay no pudo probar músculo y cerebro, como pudieron hacerlo sus compatriotas Font y Capablanca, contrincante por medio. Pero inmediatamente pienso también que si se le hubiera dado la posibilidad hubiera declinado esta. Su humanismo y modestia se lo impedirían. Estaba por encima de las miserias humanas.

¿Algún día el Comité Nobel rectificará sus injusticias, y con ellas esta? La historia lo dirá y así se podría echar por tierra el oportunismo de los albores del siglo XX.

Y como casi siempre un "informe" lleva al menos una "recomendación o una propuesta de acuerdos" me atrevo a sugerir que la obra de López Sánchez, tanto su versión en español de 1985 como la más reciente en inglés de 1999 titulada "Carlos J. Finlay. Su vida y su obra", sean enviadas a los enciclopedistas para que la verdad histórica les alumbré más sus publicaciones y esa verdad ocupe su espacio real. Y no continúe pasando lo que mi madre terció, en una conversación que sostenía con un colega y ella escuchaba, y cito: "le quieren quitar la gloria".

Por nuestra parte, felices, festejamos que tenemos todos los días el pensamiento del maestro del método científico y epidemiológico, su humanismo, entre nosotros.